

CLAUDEL EN ROMA

Gracias a la colaboración de la revista Palcoscenico de Milán, podemos reproducir, traducido al castellano por Jakob, un artículo del escritor francés Vladimiro D'Ormesson, que describe las estancias de Claudel en Roma.

Vladimiro D'Ormesson, es el sucesor de Paul Claudel entre los «inmortales» de la Academia Francesa y recordando a su ilustre predecesor, ha dicho que era un personaje extraordinario, mesurado y al mismo tiempo equilibrado, de una personalidad tan desconcertante, que debe colocársele por encima de nuestras clasificaciones.

El gran escritor a quien yo tengo el gravoso honor de suceder en la Academia de Francia, había permanecido en Roma tres veces.

La primera estancia, que fué también la más larga, sobreviene durante la guerra del 1914-18. Cuando estalló el primer conflicto mundial, Claudel era cónsul general de Francia en Hamburgo; anteriormente había desempeñado el mismo cargo en Frankfurt y en Praga y había recorrido de arriba a abajo la China durante quince años.

En abril de 1915, el Ministerio de Asuntos Exteriores le confió una misión económica en Italia. Porque este hombre que fué ante todo un poeta y un poeta de gran clase, tenía un especial interés por las cuestiones económicas: hecho sorprendente que demuestra la cantidad de recursos de que disponía la inteligencia de Claudel. A dichos problemas siempre había estado inclinado: durante su permanencia en China, había estudiado las reservas forestales de Fokien, describiendo detalladamente las variedades de la madera. Había además visitado las minas de Scian-Si, había recopilado el estatuto de la concesión francesa de Tien-Tsin y había trabajado en la estipulación del contrato para el ferrocarril de Han-Keu a Pekin; en esta última ocasión el célebre financiero belga Franqui llegó a decir de Claudel: «Si no fuese un diplomático y un poeta, haría de él un espléndido director de ferrocarriles».

Más tarde, cuando Claudel cubrió de nuevo el cargo de Embajador de Francia en Washington, pudo prever con dieciocho meses de anticipación, en algunos reportajes que se hicieron famosos en el Quai d'Orsay, la gran crisis económico-financiera que agitaría completamente los Estados Unidos y una parte del mundo en noviembre de 1929: los hechos confirmaron al pie de la letra los pronósticos de Claudel. Podemos explicarnos esta previsión en dictaminar, que él tuvo siempre vivísima, de lo universal: los problemas económicos le parecían no como simples operaciones materiales, si no como la manifestación de la vida y de la circulación mundial. Los cambios que los pueblos entretrejan entre ellos, las diferentes riquezas que poseían, sus propias necesidades, todo ello representaba para él una armonía superior, una especie de sinfonía mundial.

Claudel partió para Italia en la primavera del 1915. Visitó primeramente las grandes ciudades del Norte: Turín, Milán, Génova, después viene a Roma donde sienta residencia. Turín le había impresionado mucho, de ello ha hablado con frecuencia, especialmente en un libro lleno de sabrosas observaciones que se llama «Conversations dans le Loire-et-Cher». Claudel se interesaba por el urbanismo y elogiaba a Turín por haber sido construida según un plan prefijado; más allá de Turín se había trasladado a Biella, para visitar alguna fábrica de paños militares; de allí había ido a Oropa. El lugar le parecía encantador en plena primavera, con las fuentes que manaban y el gran torrente de agua limpia que atravesaba los campos. Se había mostrado entusiasta del lugar, de sus instalaciones, de la existencia que allí se llevaba.

Llegado a Génova, la había explorado «con el bastón en la mano», la ciudad le había llenado de admiración.

«En Génova, escribía, me he divertido como un niño; es como situarse en mitad de las hendiduras, trepar por las chimeneas, penetrar en cavidades

insospechadas a través de las gatone-
ras... Se puede llegar, después de
haber andado a tientas por callejuelas
sombrias a desembocar de golpe en un
patio lleno de sol, sobre una pared
amarilla y caliente como la luz, empa-
vesada de pieles de fruta tendidas y
cajas de pimientos. Basta empujar una
puerta y todo es rosa y oro como la
cueva de Anfitrite... No hay calles,
sino hendiduras o subidas de terraza
en terraza, donde solo puede aventurarse
el pié humano. En las paredes,
enormes candelabros tienen como único
cirio un obelisco de mármol jaspeado.
En el interior de los palacios, el
reflejo del mar filtra a través de las
persianas. Una ciudad en cuesta, es
siempre bella...».

Llegado a Roma, Claudel fijó su re-
sidencia en un piso situado en el nú-
mero 19 del Corso de Italia; se en-
contraban asiduamente con el conde
Giuseppe Primoli y con el pintor Al-
bert Bernard que entonces dirigía la
Villa Medici. Eleonora Duse, mani-
festó el deseo de conocer a Claudel y
vió en él, un renovador del arte dra-
mático; entre la ilustre actriz y la fa-
milia Claudel surge una profunda
amistad. Poco tiempo después, cuando
la señora Claudel trae al mundo su
quinto hijo, la Duse fué la madrina.
El día de Pentecostés de 1915, Claudel
fué recibido en audiencia privada por
el Pontífice Benedicto XV. Durante
los primeros meses de su estancia en
Italia, el trabajo de Claudel lleva los
trazos de esta experiencia: fué el perio-
do durante el cual escribió «Le Père
humilié» (se trata de Pío IX), una de
las obras que componen la trilogía:
(L'Otage, Le Pain dur, Le Père humi-
lié), en la cual el poeta evoca el drama
situado a caballo de dos épocas y el
tremendo conflicto entre Dios y César.

En Roma tradujo también dos tra-
gedias de Esquilo que prefería particu-
larmente —Las Coéforas y Las Eumé-
nides— y compone el poema dedicado
a Santa Teresa.

La misión económica de la cual es-
taba encargado Claudel, en realidad,
no se inició hasta septiembre de aquel
año, cuando el diplomático entró en
contacto con los principales hombres
de negocios, industriales y banqueros

italianos e hizo una serie de viajes al
Norte. Más tarde, en 1916, acompañó
a los miembros de una delegación eco-
nómica italiana, en un largo viaje por
Francia sur-occidental, para hacerles
visitar los establecimientos más im-
portantes y las principales fuentes de
producción de aquella región.

Entre sus proyectos había también
la construcción de una línea ferrovia-
ria que debería seguir el paralelo 45,
partiendo de Burdeos, pasando por
Milán y por Trieste y llegando hasta
los Balcanes. Claudel estaba convenci-
do que una línea coincidente con el
paralelo 45, habría podido tener una
gran importancia para las relaciones
entre el Sur-Oeste y el Sur-Este de
Europa.

Claudel volvía a Roma trece años
después; Pío XI acababa de morir y
el cardenal Pacelli llamado a suceder-
lo, subía al trono de la Iglesia católica,
apostólica y romana, tomando el nom-
bre de Pío XII.

El gobierno francés había mandado
una delegación oficial para representar
a Francia en la ceremonia de la coro-
nación. Al frente de la delegación ha-
bía Augusto Cahampetier de Ribes,
entonces Ministro encargado; el segun-
do delegado de la misión era el Em-
bajador Paul Claudel.

La misma noche del 12 de marzo de
1939, Claudel escribió una página ad-
mirable en la cual expresaba, casi en
un grito, la emoción que había experi-
mentado durante la ceremonia en la
Basílica Vaticana y delante la colum-
nata de S. Pedro.

Después de haber descrito el esplen-
dor del sagrado rito y las aclamacio-
nes de la multitud en la Plaza de San
Pedro, Paul Claudel, quizás presin-
tiendo angustiadamente los dramas
que estaban de nuevo amenazando
la cristianidad, se abandonaba a
una patética oración: «Pienso en todo
el universo católico, en este cenáculo
compuesto por cuatrocientos millones
de hermanos de todas las razas, en los
enfermos, en los niños, en los invál-
idos, en los perseguidos de todo géne-
ro, en esta entera Iglesia hecha de mil-
lones de seres que sufren y esperan, en
esta marejada de los muertos de todos

los tiempos que el astro eucarístico reúne debajo de nosotros; en el temible sollozo resumido en la voz que se eleva solitaria en el silencio: Pater Noster... Padre... Padre... Padre Nuestro. Tened piedad de los mediocres, tened piedad de los verdugos; salvadnos del doble infierno, del semejante cruel y horrendo que se ha desencadenado sobre el mundo, el Infierno comunista y el Infierno racista! Cordero de Dios, que quitais los pecados del mundo, dadnos la paz!...».

Claudiel vino a Roma por tercera vez, en ocasión del Año Santo de 1950; en aquel tiempo tenía ochenta y dos años; no es exagerado afirmar que esta última visita a la Ciudad Eterna, fué para él como una apoteosis. El Pontífice Pío XII se dignó consentir que el gran poeta francés recitara en su presencia, en señal de homenaje filial, diez de sus poesías por diez actores del Teatro Hébertot llegados expresamente de París. El recital de excepción tuvo lugar el 29 de abril de 1950, a las 6 de la tarde en la sala del Consistorio. Unos minutos antes de la hora establecida, hablando con los artistas que esperaban en el estrado, me pareció que estaban presos de una gran emoción. «¿Miedo?» pregunté a Eva Francis. «No», me respondió, «No tenemos nunca... Estamos por encima del miedo...». A las seis en punto se abrió una gran puerta lateral y aparecieron dos guardias nobles; un silencio religioso discurría entre los asistentes, hacía su entrada el Papa Pío XII.

El Pontífice se dirigió directamente al trono e hizo a todos la señal de sentarse. Se levantó entonces el primero de los actores que empezó a declamar con voz cálida: "Le rude Homme Pierre, au grand frond chauve, — qui jurait en serrant les poings..." Las poesías escogidas por Claudiel se titulaban: "San Pedro", "Himno de San

Benedicto", "La cuarta estación del Vía Crucis", "La Virgen al mediodía", "En la fiesta de Santa Inés", "Santa Escolástica", "Santa Teresa de Lisieux", "El mes de María", "El Niño Jesús de Praga", "Canción de Navidad".

Miraba a Claudiel; a pesar de estar visiblemente emocionado, no perdía una sola palabra de la dicción. Parecía repetir también él máquinalmente sus versos a medida que los pronunciaban los actores, y su cara expresaba los sentimientos de alegría y de dolor.

Creo que se sabía de memoria toda la obra. El último número del programa era una "Canción de Navidad" a varias voces; para entonarla, los actores se levantaron todos a la vez. Al finalizar la audición, Pío XII tomó la palabra; después descendió del trono dirigiéndose hacia Claudiel y su esposa.

El escritor estaba arrodillado, fué un instante de intensa emoción.

Pensaba en la famosa escena de "L'Otage", una de las bellas del teatro francés, en la cual Pío VII penetra en la morada de los Coufontaine; pensaba en el "Père humilié" y el sublime diálogo entre el Papa y su hermano menor, en el claustro de mármol blanco, junto al pozo. Pensaba sobre todo en aquella noche de Navidad de 1886, durante la cual el joven estudiante de dieciocho años — que ya había empezado a escribir, — sintió estallar bajo los arcos de Notre-Dame aquel "Magnificat" que, desde aquel día lejano, no ha cesado nunca de resonar en su alma y en su obra.

Paul Claudiel salió del Vaticano lleno de gozo, radiante. Y aquella breve hora fué también para mí una de las más felices que yo haya vivido durante mi larga misión romana.

Vladimiro D'Ormesson.